



## ROBERTO J. PAYRO

11 de noviembre de 1918. La gran noticia ha corrido zigzagante, de uno a otro rincón del mundo; las campanas se echan a vuelo; las calles se desbordan de gente ávida por conocer las últimas noticias; los pechos se dilatan y los rostros arrojan por fin el espeso velo de tristeza que los cubría. Es día de paz, de alegría, de gloria; día de luz, de redención, de amor. Después de cuatro años de tragedia, los pueblos asqueados de sangre, ven ante ellos la palabra sagrada del instante, cúmulo de todas las aspiraciones: ¡Armisticio! ¡Termina por fin la horrible pesadilla! Pero... ¿acaba tan pronto? ¿Y las otras angustias, las de los despojos, las de los vencidos? ¿Acaso es posible borrar con una palabra tantos dolores acumulados?

Son las doce de la noche; las calles están desiertas, las casas en silencio. De uno de los tantos edificios de Bruselas sale un joven que, más impaciente que los otros, quiere enterarse, recoger noticias. Al poco rato vuelve pálido, nervioso. —Madre — dice — madre, ahí abajo hay dos soldados alemanes que se mueren de hambre; están tirados en el suelo, extenuados, nadie les ampara, porque odian demasiado para poder olvidar. —No importa hijo, tráelos, les daremos de comer nosotros, hazlos entrar.

Los dos soldados entran con recelo, los ojos inquietos y los labios temblorosos; desconfían, la mirada interrogante, con el eterno temor de la emboscada. Comen en silencio, con el arma pronta y calada la bayoneta; terminan y se retiran retrocediendo, temiendo siempre el ataque, pero, ¿qué podría importarles? Al entrar habían elegido entre la vida y la desesperante muerte del hambre. El asombro les hace escribir, meses

más tarde, una carta: "Somos estudiantes de Hannover, dicen, y en verdad creimos que aquella noche se nos tendía un lazo para matarnos".

¿En qué hospitalaria casa fueron a dar estos dos pobres seres que, en el ansiado día de paz, iban a morir víctimas de tan misero como prosaico tormento?

En la de uno de nuestros más prestigiosos escritores y periodistas, en la casa de Roberto J. Payró.

La actuación de este hombre bondadoso y humanitario durante la guerra, ha sido destacadísima, lo que le acarreó toda clase de privaciones y hasta el despojo de su libertad.

\*

Roberto Jorge Payró nació en Mercedes, allá por el año terrible de 1867, la época infeliz en que nuestra Buenos Aires se veía azotada por el cólera. Su familia, como tantas otras, huyendo del implacable mal, se refugió en Mercedes, aunque por poco tiempo; de este modo casual, no fue porteño. Traído a Buenos Aires, una vez que pasó la mala racha, no volvió a ver a su ciudad natal sino 41 años después.

Comenzó su carrera literaria desde muy joven, escribiendo algunos versos que fueron publicados en el almanaque de los Prietos; más tarde iba a comprender que el culto de las musas no era de su sacerdocio, e iba a abandonar las rimas, dedicándose de lleno a la prosa, la que manejó con la misma desenvoltura y elasticidad con que el escultor de talento modela la arcilla húmeda y blanda.

El periodismo le apresó desde temprano; es el triste destino del escritor nuestro, que tiene talento, pero no dinero: fue pues periodista, porque era necesario para marchar adelante. Lo mejor de su vida de escritor lo tragó ese incansable devorador de anónimos; el periodismo, es forzoso decirlo, hurtó mucho al escritor, más de lo conveniente, quizás. El lo comprendía y así lo dejó entrever en algunos de sus escritos: "¡Oh, escribir, escribir siempre, sin tregua, sin descanso, como má-

quina, para ganar apenas con qué sostenerme, con que sostenerla...! (1).

Se inició en *La Patria Argentina*, dirigida por los Gutiérrez. En 1886 escribía en el diario *La Razón*, que se editaba en la imprenta Kidd, en el ya demolido edificio de San Martín y Cuyo, reemplazado ahora por el de la All América Cables y cuyo director era por entonces Onésimo Leguizamón. En 1888 fundó en Bahía Blanca, *La Tribuna*, periódico que tuvo la virtud de evaporarle 100.000 pesos de los de aquel entonces. El fracaso trajo como consecuencia su regreso a Buenos Aires, donde siguió escribiendo en *El Pueblo Argentino*, en *El Diario*, en *Tribuna*, en *La Prensa*, muy pocos meses, ingresando por último en *La Nación*, alrededor del año 90.

Su tarea, por entonces, es múltiple. De la revista *Arlequín*, desaparecida años ha, era el principal colaborador y hasta algunas veces ¿por qué no decirlo? el único. De ahí que, para no demostrar al mundo su vergonzosa desnudez, escribiera en ella con diferentes seudónimos; ¿qué lector confiado hubiera supuesto que Julián Gray, Tona Maegini, Tomasito Buena Fe y otros, eran, como la Trinidad, una sola persona? Años más tarde, un nuevo seudónimo, Magister Prunum, iba a enriquecer la colección, pero en una época de su vida en que el solo enunciado de su nombre le hubiera abierto todas las puertas (2).

Mas en aquel entonces, el periodismo no tenía, por cierto, la amplitud del de hoy. Las imprentas carecían de maquinarias complicadas y grandes rotativas y, en la todavía "gran aldea", los diarios más que noticiosos eran tribunas de discusión política, de orientación doctrinaria, donde algún sibarita de problemas sociales saboreaba con fruición los altibajos de eso que nosotros llamamos "nuestra política".

Payró se entregó por entero al trabajo inagotable de las imprentas, campeón infatigable de una misma bandera; perteneció desde 1890 hasta 1928, en que falleció, al diario argentino *La Nación*. La especie de resignación semi-amarga con

(1) Roberto J. Payró, *Mujer de artista*, en *Violines y toneles*, Buenos Aires, 1908, 75-79.

(2) Seudónimo con que firmaba las críticas literarias en *La Nación*, durante los años 1924 y 1925.

que aceptó su vida de repórter, lo prueba el diálogo que sostuvo con Bartolito Mitre, el día de su ingreso:

—Vd. ¿qué sabe hacer?

—¿Yo? . . . Nada . . .

—Y entonces, ¿qué puede hacer en el diario?

—¿Yo? . . . ¡Todo! . . . (3).

Y en efecto, sus vastos conocimientos, adquiridos merced a múltiples lecturas, encontraron tierra fértil en este diario, en el que desarrollaban sus actividades literarias hombres de reconocido talento. Allí pudo tratar una enorme variedad de temas; informaciones, crónicas, cuentos, numerosas traducciones, entre ellas algunas de Emilio Zola, por el que sentía verdadera admiración y otras de Maeterlinck, Graça, Balzac, Eça de Queiroz, Aranha, Daudet, Antonio Lobo, etc., de ahí que su tarea fuese múltiple y variada (4).

Su primer trabajo para *La Nación* fue una correspondencia que produjo verdadera admiración y que le proporcionó la oportunidad de entrar definitivamente en el periódico.

Tuvo de este modo ocasión para viajar de uno a otro punto de la República, como cronista del citado diario, siempre con el lápiz y el anotador en la mano; así pudo gestar *La Australia Argentina* en aquel zarandeado viaje del Villarino a los mares australes.

Su tacto psicológico y su fina sagacidad le fue mostrando uno a uno, todos los problemas que encierran "esas tierras patagónicas en que muchos hombres de pensamiento cifran tan altas esperanzas. . ." (5).

Para que esos anhelos no se viesen frustrados, Payró pide en su obra se examinen las cuestiones que expone, acompañando casi siempre la solución al asunto que provoca; y sugiere, con una clara visión del porvenir, que allí está la verdadera riqueza de nuestro pueblo, la tierra prometida, fuente maravillosa de recursos.

(3) Ernesto Mario Barrera. *Nuestros viejos periodistas, aspectos de un pasado que debe recordarse*, en *Mundo Argentino*, Buenos Aires, mayo 21, 1924, 7.

(4) Sobre Zola pronunció una conferencia (Cfr.: Roberto J. Payró, *Emilio Zola*).

(5) Roberto J. Payró. *La Australia Argentina*, Buenos Aires, 1898, 1.

Es la protesta impaciente del hombre de acción, que ve con disgusto cómo la mayoría de sus compatriotas permanece indiferente y aislada por completo de un tesoro que ni sospecha; y es la experiencia del penoso viaje la que le muestra uno de los motivos que contribuyen a la soledad de aquellas tierras y que le hace exclamar: "Y dicen que esta línea de transportes que hace *un viaje al mes*, tiene por objeto fomentar el desarrollo de aquellas regiones!" (6). Y ya casi al final, agrega: "Patagonia no estará lejos de Buenos Aires, cuando la una a ella una línea de transportes de *verdad*, que le sirvan continuamente y lleven toda su carga, y estará muy cerca de Europa cuando se declaren libres sus puertos" (7). La indolencia del gobierno y del pueblo es necesario sacudirla, arrojar lejos de sí esa despreocupación innata del criollo. "Hay que reaccionar, señores, y con la visión de lo futuro, abrir de par en par a los trabajadores del mundo, las puertas de la Patagonia (8).

Era su constante preocupación, el problema social, el bienestar humano; vió esas tierras recordadas por la mano de Dios, pero olvidadas por las del hombre y quiso desprender la venda que cubría los ojos de aquellos seres, a los cuales se sentía ligado por los sagrados vínculos de la patria.

El general Mitre le escribía a este respecto: "Por esto su libro, como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi mudo, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella, para dilatarla y vivificarla" (9).

Más adelante agrega: "Considerado bajo este aspecto, su libro llenará cumplidamente su objeto, en bien del país y para honra de su autor".

(6) Payró, *La Australia*, cit., 9.

(7) Payró, *La Australia*, cit., 446.

(8) Payró, *La Australia*, cit., 448.

(9) En *La Australia Argentina*, Buenos Aires, 1898, V-VIII. Como es sabido, esta obra de Payró apareció primeramente en folletín en *La Nación*; con ese motivo, al terminar el mismo, Mitre le dirigió la referida carta, en la cual le aconsejaba que no debía trepidar en lanzar su "narración de viaje" en libro, pues tenía el éxito asegurado.

Y siempre este problema de la Patagonia debía interesarle, ya que había podido apreciar una a una sus innumerables riquezas; por eso hace exclamar a mister Gregory, personaje de *Vivir quiero conmigo*: "Creo que la manufactura de la lana, tiene inmenso porvenir en la Patagonia" (10). Siempre confió en el brillante destino de nuestras tierras australes y presa de ese optimismo, que fue el sello característico de su vida, cierra el libro con estas palabras:

"Si, Patagonia hará su camino, más tarde, más rápidamente, según la sabia o desacertada dirección que le impriman los gobiernos. Pero lo hará. En las inmensas soledades. *Le douter ne voit rien, le penseur trouve un monde*. El mundo de mañana, asilo de la libertad y escenario del progreso (11).

He dicho que Payró era optimista. Si alguna vez cedió a la voz del pesimismo, no fue con la estudiada medida del catedrático, sino con la doliente protesta del observador minucioso, enemigo de pueriles artificios. Pero no se dejó invadir por él, ni aun cuando se le quitara el primer premio nacional de literatura, en el que la inferioridad indiscutible del agraciado produjo no poca sorpresa.

No protestó ante la injusticia, ni siquiera trató de desahogarse con diatribas inútiles, aunque sus amigos aprovecharon la ocasión para injuriarse mutuamente de uno y otro modo.

Era modesto, sumamente modesto, y sólo supo decir a los que le rodeaban indignados, que le dejaran solo en aquella "silenciosa casa de Lomas". Tenía fe en el porvenir, estaba preparando una nueva obra y volvía a confiar esperanzado, en el triunfo cercano. ¡Bien se había proclamado él mismo! "Yo soy el caballero del sacrosanto optimismo" (12).

Las contrariedades de la vida no alcanzaron a agriar su carácter porque supo no despojarse jamás de sus sentimientos altruistas y de ese lirismo ilusionado que le formaba un mundo aparte, inmaterial, dándole cada día la oportunidad de desarrollar una nueva forma de actividad. En todos sus libros se advierte esa ley espiritual fruto de un idealismo, propio de

(10) Payró, *Vivir quiero conmigo*, Buenos Aires, 1925, 36.

(11) Payró, *La Australia*, cit., 448.

(12) J. Torrendell, *Mi amigo Payró*, en *Nosotros*, Buenos Aires, mayo 1928, LX, 174.

los hombres de acción de su época; se transparenta su espíritu fuerte, que no se dejaba arrastrar por las nuevas tendencias, que aparecían, como en todos los tiempos, gracias al inveterado deseo de renovación. Supo elegir su ruta y seguir por ella sin apartarse, sin desvirtuar su temperamento, fiel a esa mentalidad suya, en la que no se observó nunca los cambios contradictorios de las imaginaciones débiles. Y esta firmeza de su personalidad, debía salvarle del fracaso, sobre todo si se recuerda que en la época de su iniciación en las letras el ambiente literario no existía de hecho, ya que la literatura estaba vinculada con la política y que, por otra parte, quedaba aún un resto del pseudo-clasicismo del siglo XVIII, que sujetaba al escritor en estrechos moldes, excomulgando a todo aquel que se apartara de sus reglas. La nueva escuela era tan monótona y accesible como la anterior y sólo los que tuvieron verdadero temperamento pudieron atravesarla sin sugestionarse.

En los círculos literarios del año 80 brillaba, como astro de primera magnitud, Rubén Darío. Payró fue gran amigo suyo, pero supo abstraerse al enorme ascendiente que ejercía el poeta de la América Central sobre todos los satélites que le rodeaban. Fijado su camino, no le desvió el entusiasmo apasionado de los poetas de moda. Esto recuerda la frase de Silvano Bores, el prestigioso tucumano que nos representara varias veces en el parlamento:

"Jóvenes, hay que tener cuidado con este mago de Nicaragua. El puede hacer maravillas en los trampolines del simbolismo o en las cuerdas flojas de la decadencia. Si se corta la cuerda, o pierde el pie, no ha de caer al suelo, porque él tiene grandes alas para volar. Si ustedes no las tienen y caen, se harán pedazos en el suelo." Y ese su método lo conservó siempre, a pesar del desorden que le imponían sus tareas de periodista; así, entre el descanso de una y otra crónica, tuvo que desarrollar su obra, con la constancia y empeño del trabajador infatigable. En 1909, publicaba, con el título de *Crónicas*, la recopilación de sus mejores reportajes, formando un libro de marcado sabor porteño, donde se encontraron reunidos una serie de comentarios, de inmediata actualidad. Su espíritu observador le fue de gran ayuda para todos sus escritos. No hay uno solo de sus personajes que no lo haya sacado de la

vida real; todos han sido hallados en sus continuas correrías por el territorio y llevados al papel con la seguridad y frescura de un maestro. Así nace Laucha, el inolvidable pillastre de su novela picaresca. *El casamiento de Laucha* ve la luz en 1906, y desde su aparición son muchos los juicios que sobre él se han emitido. Cualquier cosa que dijera sería vana repetición de lo que ya se ha expresado hasta el cansancio: que es obra maestra, digna de compararse con el *Lazarillo*, el *Buscón* y *Rinconete*; sin embargo, haciendo abstracción de la originalidad, podría añadir el juicio de Emilio Becher al respecto: "es la obra de un escritor ya adiestrado por una larga preparación y de una inteligencia llegada a la hora de la madurez" (13). Es indudable que el protagonista no podría ser más acabada e interesante; Payró, al describirlo, nos da muestra exacta de lo que será el personaje: "pequeñito, delgado, receloso, móvil; la boca parecía un hociquillo orlado de poco y rígido bigote; los ojos negros como cuentas de azabache, algo saltones, sin blanco casi, añadían a la semejanza, completada por la cara angostita, la frente fugitiva y estrecha, el cabello descolorido, arratonado" (14). ¡Arratonado!... ese último adjetivo es la pincelada maestra del retrato.

Todos los personajes secundarios le acompañan, desde la incauta "gringa" Carolina, hasta el desvergonzado padre Pagnagna, con su jerga napolitana y su sotana grasienta. Y sobre todos ellos, Laucha, siempre Laucha, despreocupado y alegre, engañando a unos y embrollando a otros, y que, con el cinismo del descarado inconsciente, cierra el libro con una frase cruel. Y así es en toda la obra, este vividor criollo, *pichuleador* y ambulante, "unas veces de bolichero, otras de mercachifle, de repente peón, de repente maestro de escuela" (15). Es que el autor con ojo clínico ha observado la situación y va exponiendo la verdad desnuda, pero con esa gracia y desenvoltura que hace que el filósofo y el moralista no se sientan turbados en lo más mínimo.

Payró se recreó con sus picaros. En 1905, había pu-

(13) Emilio Becher, *Bibliografía, El casamiento de Laucha*, en *La Nación*, junio 17, 1906, 4. col. 5 y 6, núm. 11.699.

(14) Payró, *El casamiento de Laucha*, Buenos Aires, 1927, 9.

(15) Payró, *El casamiento de Laucha*, cit., 11.

blicado la historia de otro, de menor alcance, si se quiere, pero de no menos enmarañadas aventuras. Es Chamijo, el héroe de *El falso Inca*, que en compañía de la chola Carmen tuvo en jaque a toda una población de indios, haciéndose pasar por Inca y enredando con sus embustes a los mismos españoles, que, aun desconfiando, terminaban por creer en sus patrañas. En el año en curso se acaba de publicar una obra póstuma, que es complemento de este interesante relato, o como el mismo autor lo llama, *Cronicón de la conquista*; se le ha puesto por título el mismo del personaje en cuestión, que por momentos se hacía pasar por el hidalgo de nobilísima sangre, Don Pedro Bohórquez Girón.

Otro de sus pícaros es Mauricio Gómez Herrera, el político de las *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*. Este interesante volumen fue escrito en Europa, en Bruselas, donde se encontraba radicado desde 1907, y puede decirse que es una de sus mejores obras. Si quedara alguna duda sobre la influencia que ejerció Balzac en su producción, bastaría, para confirmarlo, la carta que escribiera a Julio Piquet, poco tiempo después de terminada su novela, en 1910. Efectivamente, el modo de componer es en todo y por todo el mismo que seguía su admirado maestro, el único culto literario que se le conoce. Dice en la epístola: "Empecé por hacer un cuento informe en unas cuantas cuartillas. Sobre esto hice un desarrollo de más de cien carillas, introduciendo alguno de los personajes secundarios. Este era ya el plan, que me sirvió para escribir la novela, completando los vacíos y tratando de dar la impresión del ambiente.

Después de varios meses de trabajo asiduo, la terminé en setecientas y tantas cuartillas que he vuelto a escribir casi enteramente, aquí y en Brujas, donde he ido buscando la completa soledad." No escatimó, ciertamente, trabajo y esfuerzo alguno para pulir y corregir su obra, imitando esta vez, sin duda, al meticoloso autor de *Madame Bovary*. Sin embargo se le objetó una falla: el título; con ese nombre largo en el que se hablaba del nieto de un personaje desconocido para todos en el extranjero, la obra no podía triunfar fuera de nuestro país. Pero todos los esfuerzos realizados para disuadirle, fueron vanos. El mismo expresa el porqué en la citada

carta: "A pesar de tu consejo, he conservado el primitivo título: me parece que viene como anillo al dedo y que le da reflejamente el tono que debe tener, aclarando su intuición."

No hay duda que otro nombre no cabía al político de marras, que el de descendiente de ese héroe semi-bárbaro de nuestra tradición, ya que, a pesar del ropaje moderno, es "la esencia del gaucho y del compadrito, despojado, con el chiripá y el poncho, de todas las que pudieran parecer virtudes" (16). Y en realidad, en esta novela está admirablemente trazada la sociedad argentina, la política nuestra, bastante rudimentaria y a veces vergonzosa, aunque apene decirlo. Pero, vuelvo a insistir, no se deja arrastrar por el pesimismo, y si algo de eso hay, al concebir su obra, toma vuelo lírico al comprobar friamente la verdad: el pesimismo no fue su norte, y, por el contrario, manejó con destreza la ironía, pero la ironía del humorista.

✚ Y es tal vez este rasgo, lo que hace tan interesantes sus conocidos cuentos, que muy probablemente son lo mejor de su producción. Su primer libro de este género es *Scripta*, dado a la publicidad en 1887; es conjuntamente con *Antígona*, su primer novela, una de sus obras juveniles. Tenía por entonces veinte años, y es fácil suponer que, dado su temperamento, tan apropiado para el nombre de Gustavo Colline que el mismo se había impuesto, la obra pecara por demasiado sentimentalismo. En casi todos estos cuentos se presentan "ángeles rubios de undivaga cabellera", cuyas acciones son hermosas y edificantes, aunque muchas veces, mujeres al fin, provoquen situaciones melodramáticas y políticas. Pero se nota ya en ellos la chispa del escritor en ciernes, sobre todo en algunos donde no es difícil notar el acierto para encontrar el resorte que más emocione o interese, tal como *Napoleón*, *En pos de la desdicha*, o en otros el rasgo humorístico que caracteriza más tarde sus escritos, tal *La pipa*, *El vino*, *Cosas de otros tiempos*, etc.

Mayor es la maestría de sus cuentos posteriores; la táctica del escritor cambia, mostrando más carácter y virilidad, al

(16) Payró, *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, Buenos Aires, 1910, 355.

despojarse de ese tono sensiblero. En 1908 da a conocer *Violines y toneles*, cuentos sobre diversos temas, entretenidos y amenos, y su inolvidable *Pago Chico*, libro sobre costumbres criollas en el que demuestra toda su sagacidad y perspicacia. ¿Cómo olvidar, en efecto, aquellas famosas elecciones celebradas años atrás en ese pago imaginario, cuando no pocas veces las comprobamos en las provincias del interior? El aspecto humorístico no falta por cierto en esta interesante obra de Payró, desde la pretendida inundación del pueblo, hasta la risible aventura del españolito Ruíz, que cazó en vez de patos... ¡gallaretas! Después de la muerte del escritor en 1928, se ha publicado un nuevo volumen intitulado *Nuevos cuentos de Pago Chico*, complemento de aquéllos, en los que volvemos a reanudar relación con los personajes que nos presentara antaño, conocidos por él en sus correrías provincianas, de uno a otro de esos pueblos de geografía imprecisa y sociedad rudimentaria. En sus cuentos es precisamente donde se señala mejor, esa interpretación psicológica tan propia en él.

Un discípulo de Taine podría estudiar a Payró, sin mayor esfuerzo, por medio de los tres factores: la raza, el medio y el momento. En efecto: descendiente de catalanes, de blancos por consiguiente, es natural que le preocuparan los asuntos psicológicos: "ni un charrúa, ni un pampa se plantean problemas sociales, cuando sus padres hace apenas cincuenta años, arrasaban ciudades con malones de incendio y pillaje" (17). La raza, esa raza de Cataluña de la cual provenía, le habían legado el entusiasmo y la firmeza que la caracteriza. Trasplantada a estas tierras que se abrían a un porvenir brillante, aunque todavía faltara el arado que las roturase, las características de esa raza debían encontrar vasto campo para desarrollarse. Payró empleó su talento en indagar y hurgar en esa sociedad en formación, buscando tipos entre nuestros originalísimos productos, mezcla muchas veces de los más diversos pueblos. El medio es pues evidente que contribuyó al desarrollo de su producción, lo mismo que el momento, co-

(17) Ernesto Mario Barrera. *Breves apuntes sobre Roberto J. Payró*, en *Nosotros*, Buenos Aires, mayo 1928, LX, 178.

menzando por su *La Australia Argentina* la obra que, al decir de Zeballos, es un libro de gobierno .

Sin embargo, en cuanto al medio, hay que reconocer que en cierto modo le fue hostil; entiéndase que en nuestro país el escritor no puede aislarse y dedicarse por entero a su labor literaria: ese es el caso de Payró.

Su obra, que de por sí es vasta, hubiera sido copiosa, si no le hubiera mermado horas de trabajo la actividad periodística a la cual se dedicó, más por generosidad y afición por las cuestiones sociales que por vocación innata; así produjo su obra, entre agitaciones y contrariedades, fiel a su espíritu quijotesco y deseando siempre mejorar la humanidad, "pronto, porque sino será demasiado tarde". Parecía esforzarse por mostrarnos lo desagradable del género humano, no para asquearnos, sino para que corrigiéramos nuestros defectos, presentados por él con la delicadeza y el tacto de un hombre de mundo. De ahí que se dijera de Payró que era "un escritor de valores sociales" (18). Y esa generosidad tan peculiar en él, es lo que hace exclamar a la Eugenia de Vivir quiero conmigo, ante las estrofas de *Vida retirada* de Fray Luis de León: "—¡Pero eso es el nirvana! ¡Es de un egoísmo monstruoso!" (19). ¡La eterna lucha con el egoísmo! ¡Es qué está tan arraigado en el alma humana! Sin embargo, Payró intentó combatirlo con esa tolerancia filosófica que observara desde un principio; admirador de los grandes reformadores, no era, como ellos, intransigente, sino en extremo liberal, por lo que no pudo pertenecer nunca a un partido determinado. De ideas avanzadas, intervino en sus primeros tiempos en el partido socialista conjuntamente con Lugones e Ingenieros, y el 8 de agosto de 1894 daba en el local del "Centro Obrero" una conferencia sobre *Educación republicana*, que fue publicada días después por el diario *La Vanguardia* (20). Le interesaba ese problema y, en

(18) Alberto Gerchunoff, *Prólogo a El Capitán Vergara*, Buenos Aires, 1925, I, VII-XXIV. Existe una separata de este prólogo (Cfr.: Alberto Gerchunoff, *Nuestros escritores*, Roberto J. Payró, Buenos Aires, 1925).

(19) Payró, *Vivir quiero conmigo*, cit., 28.

(20) Decía *La Vanguardia*: "Para que nuestros lectores puedan conocer bien una de las características más importantes y fecundas de Ro-

general, todos aquellos que se relacionan con el pueblo: buscaba los defectos del país para captar la solución más conveniente. Pero sus miras, rara vez estrechas, abarcaban, con una visión nacionalista, a toda la humanidad con la comprensión que sólo un espíritu bondadoso puede tener. Por eso, cuando partiera para Europa en 1907 con destino a Bélgica, no fue como el turista sólo para visitar museos y contemplar bellezas, sino a vivir la misma vida del pueblo que escogiera, consiguiendo, así, abrir sus puertas, tan cerradas para el extranjero.

\*

1914... Año trágico en que el drama de Sarajevo anunciaba al mundo que los pueblos desatenderían el lema sublime de Jesucristo. La guerra más terrible que registra la historia de todos los tiempos, iba a enfrentar más de treinta millones de seres para que se aniquilaran y destruyeran; la gran guerra, engendro de tantos horrores, que hiciera exclamar a Henri Barbusse, con una visión profética del universo: "El porvenir está en manos de los esclavos y se ve claramente que el viejo mundo será transformado por la alianza que un día establecerán entre sí aquellos cuyo número y cuya miseria son infinitos".

El espíritu bondadoso de Payró debía rebelarse contra estos desastres, complicados luego con la ocupación alemana; con profunda pena vió invadida su querida Bélgica por pesados teutones y máquinas de muerte, ante la mirada atónita de los buenos burgueses que, un día antes, habían paseado su tranquilidad dominguera por las calles de Bruselas. Y si bien su

berto J. Payró, transcribimos hoy el texto íntegro de la conferencia que sobre "Educación Republicana" dió en setiembre 8 de 1894 en el local del Centro Socialista Obrero y publicada en *La Vanguardia* de setiembre 15 de 1894, año I, núm. 24. Payró fue afiliado y se retiró voluntariamente del partido. No dejó por eso de seguir con honda simpatía la obra y las luchas del Partido Socialista. Y a este respecto es oportuno recordar que dos años después de su retiro del partido escribió un brillante artículo en *La Nación* haciendo el análisis y el elogio del Centro Social Democrático de Junín y de la actuación del doctor Justo, que ejercía entonces su profesión de médico en la ciudad. (Cfr.: *Literatura y arte. homenaje a Roberto J. Payró, Educación republicana*, en *La Vanguardia*, domingo 8 de abril de 1928, col. 1-6).

condición de extranjero le eximia de participar en la contienda, se impuso voluntariamente el deber de alistarse en las filas del dolor y de la humanidad. Y comenzó entonces aquella famosa correspondencia con *La Nación*, que tuviera tanta resonancia y que le acarreará tantos disgustos. En efecto, aquel grito desesperado de horror y verdad ante los sucesos de Dinant y Tamines, no podía agradar al alto comando alemán y es así como los miembros de la *Kommandantur* enviaron, una tras otra, cinco perquisiciones a su casa de Bruselas, donde se le retuvo prisionero y rigurosamente incomunicado. Una cosa es la guerra por el hecho de aplastar los seres, y otra es la que brinda una ocupación por el enemigo. El que va al frente de batalla sabe que juega con dos cartas: o la vida, o la muerte; pero el que queda en esas pobres y desgraciadas ciudades invadidas por los otros, que tiene que soportar, con la amarguísima rabia del impotente, el registro minucioso de sus cosas más íntimas: que observa con los brazos cruzados como manos profanas violan los rincones más sagrados; que para conseguir una taza de leche o una magra ración de carne tiene que caminar tres, cuatro horas seguidas, no viendo a su paso más que rostros mamilentos, ese sufre la más terrible agonía que imaginarse pueda.

Es el caso de Payró. Su actuación en la guerra es bien conocida. Desde los primeros disparos, su voz de protesta llegó a América, indignada, hasta que el famoso artículo de Louvain, puso en guardia a los ya prevenidos alemanes, los que prohibieron en absoluto toda correspondencia con los que vivían allende las fronteras.

Imposibilitado de comunicarse con el extranjero, quedó largo tiempo sumido en las tinieblas. Sus amigos de Buenos Aires llegaron a inquietarse; noticias alarmantes comenzaron a circular de uno a otro corrillo y no sin razón se llegó a suponer que muy probablemente su figura romántica había desaparecido para siempre. Fueron tantas las versiones, que, para aclarar la situación, un diario de la capital, publicó un extenso artículo, en el que se explicaba la verdadera situación del escritor hasta ese momento, aunque dejaba abierto el interrogante sobre su suerte ulterior (21).

(21) En el citado artículo se explica que en mayo de 1915, el gobierno argentino comenzó las gestiones para mejorar la situación de Payró.

¿Qué hacía Payró en la acosada Bélgica, mientras sus amigos se desesperaban ante el angustioso dilema?

Tratar en lo posible de mejorar la situación del pueblo que le acogiera en su seno. No es desconocida su adhesión a esa especie de masonería que estableciera en Bélgica la infortunada miss Cavell. Respecto a ésto, pasó horas de verdadera angustia, alojando secretamente en su casa hasta cinco heridos belgas y franceses, cuyo solo hallazgo le hubiera costado la vida. En una de las perquisiciones, la primera, sentado en su escritorio mientras tomaba "tranquilamente" una taza de té, miraba a hurtadillas como, sobre la chimenea, unos pliegos de papel le acarrearían dentro de breves instantes, la muerte, y con ella la ruina de su familia. Ese día los soldados revolviéronlo todo, escudriñaron todos los rincones, fiscalizaron los lugares más apartados, pero a ninguno se le ocurrió mirar la chimenea. Y así salvó, gracias a una distracción, su vida y la de muchos infelices que hubieran sido denunciados, de haberse hallado los

consiguiendo un año más tarde que se le dejara en libertad. Payró no usó de este derecho, hasta que a principios del 17, las autoridades alemanas en una perquisición le encontraron ciertos papeles que le valieron una multa de 500 francos. La legación argentina protestó, consiguiendo en junio de 1917 un salvo conducto y en agosto la promesa de que no se molestaría nuevamente al escritor argentino, permitiéndole su salida al extranjero. El 10 de agosto consiguió el pasaporte de manos del señor Molina, ministro nuestro en Berlín, pero no fue aceptado por Payró, alegando éste que no podía ofender al ministro argentino en Bélgica, señor Blancas, aceptando un pasaporte que viniera de otras manos que no fueran las suyas. Con fecha 7 de setiembre, Blancas dice: "Payró me ha reiterado que si el gobierno argentino no le ampara exigiendo los pasaportes para salir de Bélgica y no un permiso para pasar a Alemania, prefiere seguir considerándose prisionero. Por lo tanto, mal puedo concordar con el ministro argentino en Alemania." El 8 de noviembre se pidió informes a Blancas sobre el asunto. El 13 contestaba que Payró rechazaba el permiso para ir a Berlín, pero que aguardaba los pasaportes. El 22 de enero de 1918 el ministro Blancas remitía una carta que le había enviado Payró, explicando su situación y pidiendo la inmediata repatriación. El 5 de agosto el gobierno argentino dirgía un telegrama a Berlín, pidiendo la renovación del pasaporte. A continuación lo transcribo: "Renueve las gestiones obtener pasaporte si es posible directo Bruselas-Buenos Aires, regreso Payró haciendo entrada en Alemania si es necesario". Y aquí termina la información del periódico citado. (Cfr.: *El caso Payró*, en *La Epoca*, núm. 960, domingo 8 de setiembre de 1918, 1. col. 6 y 7).

papeles. ¡Curiosidades del destino! Mucho antes, Edgard Poe había escrito algo análogo. ¡Y parecía tan fantástico!

Tiempo después, deshecha la trama, miss Cavell sería descubierta, y fusilada ante la angustia muda de toda Bélgica.

No obstante lo difícil de su situación, Payró ya en ese tiempo comenzaba a preparar su material para *El capitán Vergara* que daría a conocer más tarde, en 1925, y que sería la primera de sus novelas, históricas, aunque en realidad hubiera dado a conocer ya en 1905 otra de contenido igualmente histórico: *El falso Inca*, a la cual ya aludimos (22).

Con esto, completó su vasta personalidad, seducido por el inefable encanto que trae la evocación del pasado; bajo su pluma, esos viejos personajes de los años idos renacieron "al soplo de su genio creador"; los tiempos pretéritos sugestionaron su espíritu soñador, haciendo que se entregara con entusiasmo al trabajo de reanimar esa época de cuchilladas y de intriga. En *El capitán Vergara* volcó todo ese caudal de fantasía que atesonara cuidadoso, pero expresado en un léxico sen-

(22) Me parecen muy explicativos estos párrafos de una carta de Payró, aparecida en la revista *Nosotros*, a raíz de la publicación en ella de su artículo *Las ciudades quiméricas*: "Ahí van las notas prometidas, que no son, por cierto, el boceto de las novelas históricas que he emprendido bajo el nombre de *Crónicas romancescas* comenzada por el tremendo Martínez de Irala, o sea *El capitán Vergara*, al que en breve seguirá *El Mar Dulce de Solís*. Mis bocetos, en general, tienen desde un principio la misma — y a veces mayor — amplitud que la obra ejecutada, de manera que son impúblicables, salvo que se quiera dañar a esta última, quitándole toda novedad al presentar su cuerpo vestido de guiñapos

Reuniendo material y estudiando aquella época heroica y bárbara, me encontré, a lo mejor, con un sinnúmero de apuntes y resolví redactarlos al correr de la pluma, como descanso de otras tareas. Como es natural, dado su origen y sus fines, ofrece bien poco que sea de mi cosecha propia, si no es hacer cosecha propia espigar en libros y documentos antiguos y modernos. Pero con todo, el conjunto me parece que resultará interesante para algunos. Si creen ustedes, como yo, que es oportuno facilitar a otros este "instrumento de trabajo" — pues no es otra cosa — ahí le tienen a su disposición, pero eso sí, les pido que expliquen previamente su gestación a los lectores de *Nosotros* para que vean desde luego que no pienso darles gato por liebre". (Cfr.: *Roberto J. Payró a Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti*, Lomas de Zamora, 18 de marzo de 1927, en *Nosotros*, LVI, 453).

cillo libre de todo el gramaticalismo y la retórica de su tiempo. Es con todo, un escritor castizo: el mismo lo ha afirmado en un reportaje que le hiciera Ernesto M. Barreda: "Creo que he honrado el idioma, escribiendo en el español más puro" (23).

*El capitán Vergara* fue compuesto del 14 al 18 durante los años terribles de la guerra mundial. Terminada ésta, volvió en 1919 a Buenos Aires, donde fue calurosamente recibido por sus amigos que habían creído no volverle a ver: se le obsequió con un banquete al que asistieron escritores argentinos y uruguayos y poco después volvía a Europa donde quedaría hasta 1923, año en que regresó definitivamente. En 1927 el diario *La Nación* publicaba en folletín *El Mar Dulce*, crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata, que fue acogida elogiosamente por la crítica, y en abril de 1928, después de una penosa intervención quirúrgica, dejaba de existir.

Sólo queda para completar su personalidad de escritor, su teatro. Se le ocurre escribir para el mundo de las bambalinas, a raíz de cierto episodio de *Tierras del Inti* que había sido teatralizada por un escritor italiano. Leída la obra por Payró, vió que no había sido comprendida en su verdadero concepto, y entonces, celoso de la propia producción, se encargó él mismo de llevarla al teatro, surgiendo de este modo *Canción trágica*, estrenada en el Apolo en 1900. A raíz de este estreno, Darío Nicodemi, que escribía bajo el nombre de Steel, publicó en el diario *El País* un extenso artículo en el que expresaba que la obra marcaba la fecha de evolución en nuestro teatro.

A esta producción le siguió *Sobre las ruinas*, drama en cuatro actos, en el que se plantea la lucha entre el progreso y el espíritu conservador del paisano de nuestras tierras, arisco enemigo del "gringo" que se patentiza en la exclamación despreciativa de uno de los personajes, Don Pedro: "— . . . Toros con aro en el hocico, vacas tamberas. ¡Cos'e vascos!" Esta obra, que fue publicada en la revista *Ideas* que dirigía Manuel Gálvez (h.), se estrenó poco después en la Comedia, el 21 de setiembre de 1904 (24).

(23) Ernesto Mario Barreda, *Breves apuntes*, cit., en *op. cit.*, 177.

(24) Payró, *Sobre las ruinas*. . . en *Ideas* Buenos Aires, mayo y abril de 1904, III, 193-296. Se le agregó una nota de la redacción a pie de página, que decía: "Esta obra no ha sido representada. En nin-

Le sigue *Marcos Severi*, drama en tres actos, estrenado en el teatro Rivadavia, hoy Liceo, en agosto de 1905. Comentando el estreno, Juan Pablo Echagüe dice que con estas dos últimas producciones queda fundado por Payró nuestro teatro de ideas (25). En *Marcos Severi* se trata el problema del inmigrante que rescata por el trabajo su pasado turbio y dudoso.

En 1907 *La Nación* publicaba otro drama, *El triunfo de los otros*, luego estrenado en 1908, en el teatro Odeón por la compañía de Enrique Borrás. Es un drama desconcertante, réplica a las *Ilusiones perdidas* de Balzac; es muy posible que haya volcado mucho de sí mismo, en esas escenas, refiriéndose a su enorme labor de periodista, perdida en el anónimo de las imprentas.

La producción teatral se interrumpe y puede decirse que cuando la renueva es totalmente distinta: a los dramas, suceden las comedias, en las que sin embargo se transparenta una acibarada experiencia.

La primera es *Vivir quiero conmigo*, estrenada en el Liceo en 1923 por la compañía de José Gómez, comedia donde se plantea el eterno problema del egoísmo; le sigue una nueva producción, *Fuego en el rastrojo*, presentada al público en el citado teatro en 1925, obra de ambiente rural, cuyo argumento aparece en *Nuevos cuentos de Pago Chico*, con el título de *El gozo de envejecer*; es la angustia de los años que han pasado, pero dejando, a su paso, la amargura de los recuerdos ingratos. Poco después, en 1924, *La Nación* publicó su único sainete *Mientraiga*, interesante, movido y lleno de color local. En abril de 1928 entregaba a Florencio Parravicini su última producción *Alegría*, estrenada el 18 de mayo, mes y medio después de su muerte. Su asunto es un complemento de *La Australia Argentina*, y no su teatralización, como reza el comentario que se ha corrido erróneamente. Con esta obra cierra su labor teatral, producción en la que según Ingenieros, podría hermanarse con Florencio Sánchez. En una carta que le en-

gano de los teatros nacionales tuvo méritos bastantes, según el criterio de empresa para su llevada a escena. *Ideas* la acoge en sus páginas, honrándose al publicarla".

(25) Juan Pablo Echagüe, *Una época del teatro argentino*, (1904-1918). Buenos Aires, 1926, 273.

viara en agosto de 1905, le dice que ambos deben complementarse y termina con estas palabras: "Son dos genios hermanos, pero distintos, ninguno inferior al otro. Leonardo y el Ticiano, ¿pueden valer más o menos que Bach o Beethoven? Trabajen juntos, triunfarán juntos" (26).

Todos los personajes de Payró están trazados sin convencionalismos; le agrada desentrañar caracteres y fijar tipos. En sus obras teatrales no se encontrará nunca, ni el "gringo" ni el "gallego" de nuestro teatro nacional, ni empleará para hacer hablar a los muñecos de su farsa, el léxico grosero y enrevesado de nuestra tierra, que hace gala de aquello "cuanto más mal, mejor"; con lo que no se quiere afirmar, que no presente en sus obras, personajes típicos, de caracteres propios, copiados de esa realidad, a la cual era tan fiel, y muchas veces de insignificantes y simples individuos. Sus mujeres son siempre buenas, sencillas y delicadas; el pueblo, sincero; no pinta gauchos de chiripá y melena, sino paisanos identificados con la tierra, ni pone a los actores que representan sus obras, en el delicado trance de embadurnar su cara, ideando *machiettas* grotescas. Cuando describe un tipo dado, lo hace con sencillez, pero de un modo magistral. Ahí está para confirmarlo, la descripción de Laucha; la del padre Papagna, "bajito, gordinflón, muy narigueta", terminada con una agudeza: "yo no se si han notado que hay gente que se diría que no se afeita nunca: pero entonces ¿cómo es que siempre tienen cortos los pelitos de la barba? . . ."; la del viejo Cipriano, filósofo y perspicaz; la del capitán Vergara, ceñudo y reservado, y la de tantos otros que desfilan en toda su producción, llevada al papel con esa escritura serena, libre de toda tachadura, segura de su avance, que le era tan propia. Así llenó cuartillas y cuartillas, hasta hace tres años, en que la muerte nos arrebatara a este trabajador infatigable y fecundo, que, a pesar de los años transcurridos, conservaba todavía la pujanza de los veinte años.

\*

(26) El diario *Crítica* publicaba en 1930, conmemorando el segundo aniversario de la muerte de Payró, algunos fragmentos de la citada carta. (Cfr.: *Payró fue un precursor de nuestro teatro, se cumple hoy el 2º aniversario de su muerte, sus obras en Crítica*, núm. 6010, sábado 5 de abril de 1930, 16, col. 1 y 2.

Aun cuando me haya extendido demasiado, creo conveniente anticipar algo de la obra inédita que se publicará en breve.

Además de *Cuentos del otro barrio*, interesante serie de narraciones de ambiente belga, que se ha publicado en estos días, aparecerán en breve *Charlas de un optimista*, recopilación de crónicas satíricas, algunas de ellas publicadas ya en periódicos y magazines; *El diablo en Bélgica*, cuentos folkloristas cuyo tema son las diversas leyendas que sobre el diablo se cuentan en las aldeas flamencas, y otros que se darán a conocer, una vez ordenados sus papeles.

Al morir tenía en preparación un interesante libro sobre la actuación de los negros en la América del sur, especialmente en la República Argentina, cuyas papeletas han sido devoradas por las llamas, según el deseo de sus familiares, y la obra que venía pensando desde los años de la conflagración, el libro de la guerra, trabajado y madurado, muy en el fondo de su propio espíritu: "Su apreciación de la ocupación alemana en Bélgica". Las notas ordenadas y escritas con escrupulosa minuciosidad, han corrido igual suerte que las anteriores, ¿para qué guardarlas, cuando faltaba el cerebro que las había gestado? Se precisaba su cabeza para realizar la obra que había sido forjada y sentida por él, pero era necesario que se enfriara el espíritu, caldeado en esos cuatro años de luchar continuo; por eso, cuando su esposa le preguntara, tiempo antes de morir, porqué no la escribía, contestó: "Me he puesto varias veces, pero siento que todavía me queda algo de pasión". La muerte no quiso esperarle, cortó los hilos de su existencia, dejándonos la dolorosa incertidumbre: si se hubiera prolongado su vida unos años más, ¿no habría sido ésta, acaso, su mejor obra?

HAYDÉE E. FRIZZI.